

CORTAS Y LARGAS

Señor bachiller don Ciro Molina Garcés

Mi querido amigo :

En el excelente ensayo titulado *De re metrica*, publicado en los números 93 y 94 de la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO, a propósito de juzgar a nuestro Guillermo Valencia, menciona usted galantemente alguna observación mía sobre las diferencias del tiempo empleado en pronunciar ciertas consonantes. Deseo que usted conserve por escrito esas ideas, y algunas otras que quizá completen las teorías que usted expone muy bien sobre la cantidad de las sílabas en castellano.

Con razón dice usted, apoyado en altas autoridades, que en castellano no existen sílabas largas y breves, en el sentido de que una de las primeras equivalga a dos de las segundas ; y añade que el tiempo que se gasta en pronunciarlas no altera la versificación en lo esencial. Pero usted conviene con don Sinibaldo de Más, en que hay unas sílabas más largas que otras ; en que se gasta menos tiempo en decir *a* que *trans*. Añade el autor citado que la diferencia es casi imperceptible. Ese casi depende del oído del poeta y del lector.

En la casi imperceptible diferencia de la longitud entre las sílabas se funda por mucho la armonía del verso y aun de la prosa oratoria. Miguel Antonio Caro, traduciendo el pasaje de Virgilio relativo al dardo lanzado por Laoconte contra el caballo de Troya, dice :

Párte, clavase, vibra,

Es sabido que las sílabas que siguen a la acentuada se abrevian. Hubiera dicho el poeta, usando pretérito en vez de presente histórico :

Partió, clavóse al punto,

y no existiría la armonía imitativa del

Stetit illa tremens.

¡Qué contraste entre esa frase, alada como la flecha, con lo que sigue:

Conmovido,
Dio el sino cavernoso hondo bramido.

Fijese usted en el *dio*, en la sinalefa *so-hón*, con el acento en la última vocal, y no deje inadvertido que el verso tiene cinco acentos.

Aún es mejor Virgilio:

Uteroque recuso,
Ingenuerunt cavæ gemitumque dedere cavernæ.

En la prosa, por lo mismo que es menos necesaria y menos notable la distribución recta de acentos y cantidades, se requiere un oído más delicado para emplearlos sabiamente. Vaya un ejemplo. En el incomparable discurso sobre Jesucristo, dice don Marco Fidel Suárez, hablando de San Francisco Javier: "Mucho tiempo después, al pasar los marineros de Inglaterra frente al promontorio donde murió aquel héroe, detenían sus navíos y hacían resonar las soledades del mar de la India, saludando a Javier con los honores de *Almirante*."

Dígase "muchos años después"; "por la isla donde murió"; "saludando al misionero con los honores navales," y el magnífico período habrá perdido mucho de su grandiosa sonoridad. Y si mudamos la frase "detenían sus navíos," cuya suavidad contrasta con lo anterior y lo siguiente, diciendo, verbi gracia, "paraban las naves," le habremos quitado un primor exquisito al pasaje.

Las relaciones entre la cantidad de las sílabas y el acento prosódico son conocidísimas en latín. La cantidad de la penúltima sílaba decide de la acentuación del vocablo. En castellano es evidente que la vocal acentuada es más larga que las demás. No insisto en ello, porque, gracias a esa propiedad, se pueden hacer versos exámetros, como los que usted analiza y explica. Mas el acento, que dentro del verso sólo alarga la sílaba para darle sonoridad, cuando ocurre en la sílaba final,

hace que una larga equivalga para el oído a dos sílabas, como usted lo observa, y aun a tres, como hubiera podido añadir.

Pombo dice:

Las espumas del naufragio
Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.

El primero de estos versos tiene ocho sílabas, nueve el segundo y siete el tercero; y sin embargo, todos tres son octosílabos. No puede decirse que en este caso una larga equivalga a dos breves; porque *tó* (larga) es igual a *frágio* (larga y breve) y a *último* (larga y dos breves).

Tan importante es esta propiedad, que ella sirve para saber si ciertos versos son simples o compuestos. ¿Puede, al fin del primer hemistiquio, reemplazarse un vocablo agudo por uno grave con una sílaba más, o por un esdrújulo con dos sílabas de sobra? El verso es compuesto. ¿No es lícita la substitución? El verso es simple.

Así, el alejandrino a la francesa consta de trece sílabas, con la cesura después de la sexta, que ha de ser acentuada.

En cierta catedral—una campana había

¿Podrá añadirse una sílaba breve al primer hemistiquio? Sí, con la condición que forme sinalefa con la vocal en que empieza el siguiente:

Que sólo se tocá—ba algún solemne día.

Este verso es simple.

Digamos ahora:

En la Ciudad Heroica—dos campanas había,
En la Ciudad Magnífica—dos campanas había
Que sólo se tocaban—algún solemne día.

Estos tres alejandrinos son compuestos, cada uno, de dos heptasílabos.

Las sílabas resultan largas, no sólo por llevar el acento, sino por el número de letras de que constan. Compárese el tiempo en que sedice *a, yo, su* con el que se em-

plea en pronunciar *trans*, *cons*, *subs*. Pero hay otra cosa. Algunas consonantes se pueden alargar, y generalmente se prolongan en la declamación y la lectura, mientras otras no son capaces de pronunciarse en más o menos tiempo. La *n* y la *m* en articulaciones inversas, la *rr*, la *r* líquida, son ejemplos de lo primero; la *p*, la *t*, de lo segundo.

El trueno horrrrennndo que enn fragor rrrviennnta.

Claro está que pronunciar así es un colmo de afectación ridícula, pero el más natural y perfecto de los lectores, alarga un poquitín las *erres* y las *enes* de *horrendo* y *reventar*; y para eso las empleó el grande Olmedo. Por lo contrario, nadie prolonga consonantes al decir;

Por la inflamada esfera.

Como ésta no es tesis científica sino conversación familiar, no estoy obligado a la ley de la unidad; y a propósito de Olmedo y del magnífico exordio de su *Canto a Bolívar*, oiga usted esta estrofa latina, muy anterior al siglo XIX:

Quale, cum cœlum tonat atque densae
Fulgurant nubes, ruit et vagatur
Fulmen, in partes varias agente
Numinis ira... (1)

¿Es una mera coincidencia? ¿O acaso el insigne vate ecuatoriano conocía la estrofa citada? Ella forma parte del himno de vísperas de San Fernando, tal como se reza en las diócesis de España el día 30 de mayo. Si Olmedo tomó la idea del Breviario en el pasaje transcrito, nada pierde de su mérito excelso; porque ya se sabe que el robo literario es lícito si está acompañado de asesinato, como dijo un ingenio francés.

Pero volvamos a las consonantes largas o capaces de prolongarse. La *s* entra en la categoría o no cabe en

(1) Puede traducirse así: "Del mismo modo que cuando truena el cielo y se inflaman las densas nubes, revienta y se dilata el rayo, con todas direcciones, movido por la cólera divina..."

ella, según el modo de pronunciarla en los distintos pueblos que hablan castellano.

El dulce són de rumberas flautas.

Este verso del Duque de Rivas, dicho por un vecino de Burgos, tiene deliciosa armonía imitativa. En labios de un bogotano del pueblo, en los de un ecuatoriano, tiene sobra de dulce; en boca de habitantes de la costa atlántica no tiene sabor marcado.

Sería curioso un estudio, mitad biológico, mitad lengüístico, acerca de la influencia de la zona, el clima, el paisaje y los demás accidentes que llama *medio ambiente* la ciencia moderna sobre la pronunciación de las letras y la modulación de las frases. El modo de pronunciar la *ese* en nuestras costas atlánticas, es el mismo de las riberas marinas andaluzas. En la orilla del mar el sonido sibilante se apaga; hacia lo interior, y sobre todo en las montañas, se acentúa. Aquel apagamiento y esta acentuación son más notables en la gente vulgar que en las clases educadas.

Al pronunciar la *ese* en articulaciones directas, no difieren el colombiano del litoral y el de los Andes: la palabra *sota* lo mismo suena en unos labios que en otros. Pero, al decir *oscuro*, el andino silva la *ese*; el costeño la emite blandamente o la reemplaza por una aspiración, muy suave en las personas letradas, fuerte, casi *jota*, en el hombre del pueblo. El bogotano dice *pesscado*; el costeño culto, *pescado* o *pehcado*; el sin educación, *pejcado*.

Observando lo que ha sucedido con el francés, pudiera pensarse que la elisión de la *ese* final de sílaba fuera refinamiento de cultura. En los orígenes de aquel idioma se decía y se escribía *mesme* (del enclítico latino *metipsum*); *teste* (latín *testa*).

A medida que se fueron ablandando las costumbres al contacto del cristianismo, se fue suavizando la *ese*. De *mesme* pasaron a *mehme* (como diría un cartagenero), y después a alargar simplemente la *e* y decir *même*.

En las montañas antioqueñas la cosa es distinta. Allá se pronuncia la *ese* lo mismo al principio que al fin de una articulación: en *señor* y en *astro* la letra suena lo mismo. Y, pese a mi orgullo bogotano, la *ese* antioqueña se parece más a la castellana que la de estos picos del Monserrate. Sólo que es más fuerte en Medellín que en Valladolid. La de los compatriotas de Gutiérrez González tiene algo de la *ch* francesa, la *sh* inglesa. Me figuro que un castellano viejo, al oírle a un antioqueño decir *cosa*, pensará: ¡qué exageración!, al escuchársele a un bogotano: ¡qué barbaridad!

Este es el único sonido en que diferimos bogotanos y antioqueños. De los costeños nos diferenciamos también en que ellos pronuncian la *n* final de sílaba con un parecido a lo nasal francés. *Bien* en boca de un cartagenero y de un lionés suenan muy semejantes.

Suerte análoga, pero más infeliz que la de la *ese*, ha correspondido a la *elle*. Fuera de Castilla y Aragón, se convirtió en *ye*. Y aquí en Colombia, la cuitada vive en Cundinamarca, Boyacá, parte de Santander y la noble Popayán; y aún la invade, la acosa, su rival, traída por la inmigración, que haría que Bogotá fuera provincia si no fuese porque obliga a las provincias a ser Bogotá.

Pero se preguntará: si apenas los dialectos colombianos difieren en la pronunciación de una o dos letras, ¿cómo es tan fácil distinguir por el habla al antioqueño del costeño, al tolimense del caucano? Aquí vuelve el argumento de su tesis: todo está en lo largo o breve de las sílabas, en el *canto* peculiar con que se habla, y que se llama *acento* (acento andaluz, acento aragonés), tomando el efecto por la causa.

Haga usted decir a varios colombianos esta frase:

“Gregorio Gutiérrez”

El del interior dará a todas las sílabas igual cantidad, alargando sólo las acentuadas: *go* y *tie*, y hará una pausa marcada entre los dos vocablos,

Los antioqueños pasan fugitivamente sobre la sílaba *go*, abrevian la pausa y levantan el tono al pronunciar *tié*. Sus paisanos del valle del Cauca *cantan* la frase como en Antioquia, pero no suben una nota en la penúltima sílaba. En Neiva la separación de las dos palabras es marcadísima; las dos sílabas acentuadas se alargan mucho y se alarga también la final del vocablo. Entre costeños, las voces se distinguen, los dos acentos se marcan, pero con elevación de tono en uno y en otro.

Usted, que es estudiante del Rosario, el microcosmos colombiano, conoce las diferencias de acento y pronunciación en nuestras diversas regiones mejor que yo; porque cuando sus discípulos vienen a tratar conmigo procuran hablar bogotano; mientras que con usted se expresan con toda libertad.

Nuestro Colegio presta, entre otros, el servicio de reunir en su seno jóvenes de todos los ámbitos de la República, estrechar amistades entre personas de los departamentos más alejados entre sí, limar asperezas y unificar a los hijos de la misma patria, conservando las diferencias necesarias a la variedad, que es elemento de orden y belleza.

Cuando converso con mis viejos discípulos, que ya no son discípulos y todavía no son viejos, me siento tan a mis anchas, tan en familia, que me pregunto, parodiando a Víctor Hugo, traducido por Bello:

¿Soy de provincia como ellos?

¿O ellos son bogotanos como yo?

Usted es de la tierra que ha dado mayor número de grandes hombres a Colombia; del suelo que produjo en lo civil, a Caldas; en lo eclesiástico, al Arzobispo Mosquera; en lo literario, a Isaacs. Siga ese rumbo, y pueda ser que la vida me alcance para aplaudirlo.

Su viejo maestro y amigo,

R. M. CARRASQUILLA

Mayo: 1914,